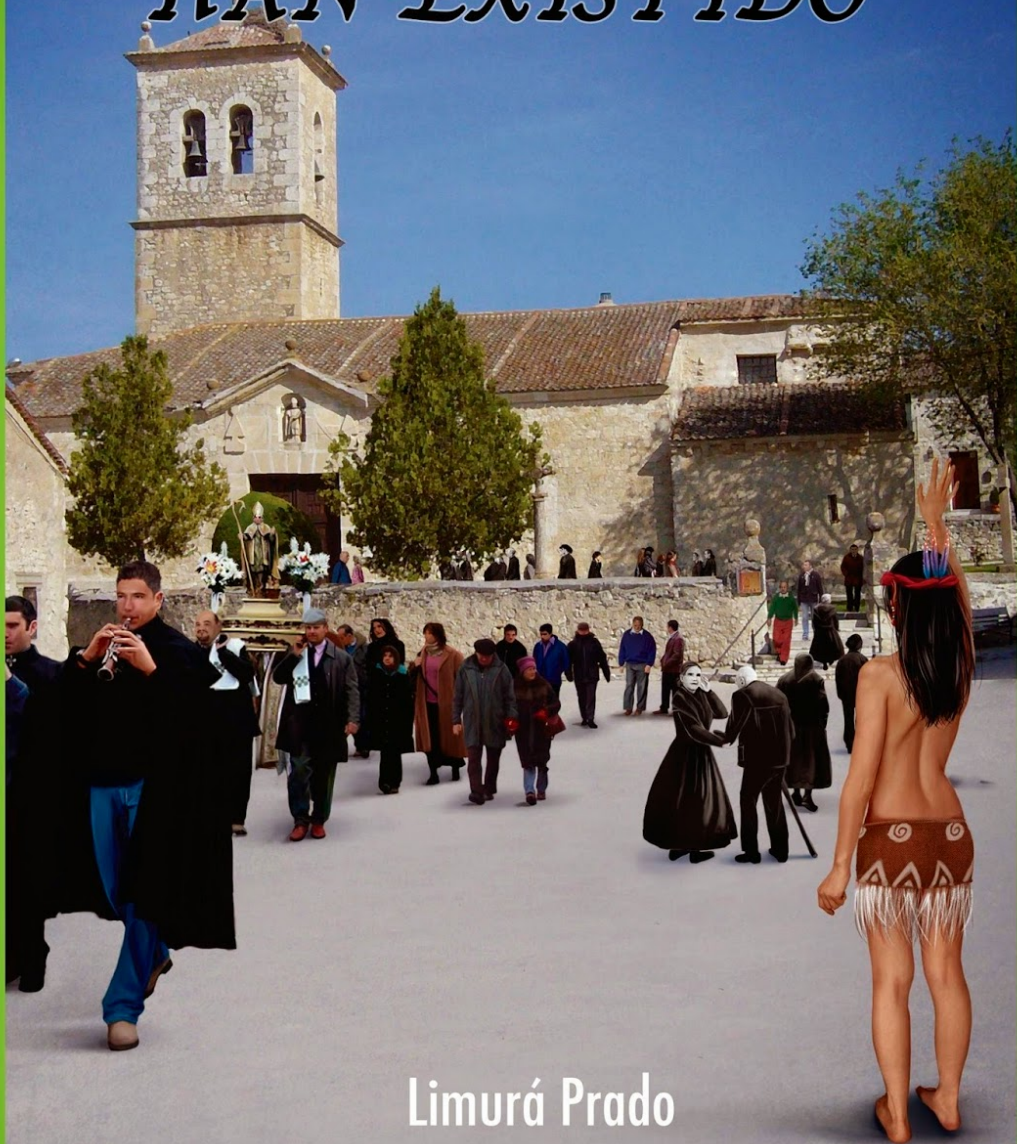


LAS VOCES DE LOS QUE NUNCA HAN EXISTIDO



Limurá Prado

Las voces de los
que nunca
han existido

Limurá Prado

*Al inconmensurable pueblo de Fuentepiñel,
por el honor de permitirme entrar en sus vidas.*

*Descubrir y poder hacer aquello que
tanto me llena de felicidad... escribir.*

Prólogo

Me encontraba en el parvulario jugando con mis compañeros de clase cuando de improviso un torbellino de maestras me arrancaron del lugar, y con cartilla de lectura en mano me pedían leer frases que al azar iban señalando.

Correspondía de buena gana a las peticiones de las “Seños”, con la esperanza de que aquello terminara pronto, al tiempo que hacía señas a los demás niños para que me esperasen, de que no siguiesen los juegos sin mí.

Se unió al grupo de maestras, mi madre. Comprendí entonces que seguir jugando se retrasaría más de lo que deseaba... y así fue.

Terminé de leer todo lo que me pedían, una y otra vez. Ya cansada llegó la hora de marchar a casa.

Por el camino, en el coche, observaba cómo mi madre en silencio, con la sorpresa aún pegada al rostro, sujetaba con fuerza el volante. Sin esperarlo, rompió su mudez y entre palabras contenidas y un liberador suspiro, exclamó:

—¡Pero Negra!, ¿cómo no me habías dicho que sabías leer?

Me quedé en blanco. No sabía que responder. Supuse que eso era lo que la gente, los niños debían hacer, aprender a leer.

Al llegar a casa, al verme con la cabeza gacha sin saber qué contestar, me miró con cariño y me dio un beso en la frente. Me sentí feliz. Tuve la impresión de que mi madre se sentía orgullosa de mí.

Esto sucedió cuando tenía tres años y medio, de allí el asombro de las maestras.

Aprender a leer a tan corta edad no se dio porque fuese una superdotada, ya me hubiese gustado. Tenía una explicación más sencilla:

Mi madre era maestra de profesión en la misma escuela donde comencé mis estudios. En casa, trabajaba una chica que nos cuidaba y atendía. Mi madre, en sus ratos libres, la enseñaba a leer y a escribir. Yo, una zalamera nata, estaba encima de las dos sin parar, mirando qué era lo que hacían, siempre curiosa y observadora.

La joven no aprendió a leer. Mi madre desistió en su empeño ante la desidia y el desinterés de la alumna. Lo que no se podía imaginar era que la menor de sus hijas, la que no paraba de revolotear todo el rato encima, sí que había aprendido a leer.

A partir de que las maestras me consideraron oficialmente una lectora y decidieran enviarme a cursar el primer año de primaria, comencé a pasar largas horas en la biblioteca de casa, prolífera en enciclopedias por la profe-

sión de mi madre, succionando cuanto libro se me ponía por delante.

Me tendía en el suelo usando como almohada una pila de ellos y leía cualquiera que me pareciese entretenido. Al principio los elegía por los dibujos más coloridos, luego daba igual.

A mis manos llegaron libros muy poco apropiados para mi edad, como el de aquel poema de una niña con muletas que corría sudorosa detrás de otros niños. Sin comprender del todo, por mi juventud, lo que ese poema quería decir, me llenaba de una profunda tristeza. Nunca lo he podido olvidar. Se trata del cuento “*La cojita*” de Juan Ramón Jiménez.

A medida que iban pasando los años las lecturas se iban incrementando. Aquello parecía una adicción. ¿Quién se podía resistir a vivir todos los días otros mundos, a vivir otras vidas?

Mis compañeros de juegos comenzaron a ser Ana Frank, Juana de Arco, el desorejado Van Gong. Mis lecturas no tenían límite. Lo mismo daba Blanca Nieves que grandes pintores. Había lugar para todos. Mi compañera preferida de juegos: Juana la Loca, siempre triste, llorando, incomprendida, pero con una capacidad de amar profunda y desbordada. De todos los amigos que a la biblioteca venían a visitarme era la más entrañable.

En la adolescencia, los libros sobre la historia de España fueron los más habituales. Cuánto he admirado la entereza y visión casi premonitoria de Isabel la Católica. No

creo que haya existido, y mucho tendrá que pasar, para que exista otra mujer con el poder de cambiar el mundo como lo hizo Isabel de Trastámara.

En el instituto, la diversión estaba asegurada junto a mis compañeros de clase. Siempre me pedían que inventara nuevos y entretenidos juegos. Si querían hacer algo distinto, todos contaban con que Yumiko pusiese en marcha alguna de sus extravagantes ideas.

Por eso me disculpaban cuando quedaba absorta con mis pensamientos y rompía el silencio lanzando alguna pregunta al aire:

—¿Os habéis preguntado alguna vez si puede haber vida dentro de los agujeros negros? —salían todos en desbandada.

Alguno alcanzaba a decir: —¡Vamos! Va a comenzar la próxima clase.

Todo por no oír mis teorías sobre mundos intergalácticos.

En otras ocasiones, la excusa para no oír la explicación sobre mis hipótesis de la concepción circular del tiempo era ir a tomar algo a la cafetería.

Sabía que me apreciaban, por eso seguíamos juntos como compañeros en el instituto.

«Solo estás un poco majara», decían.

Hubo una época en que devoraba con avidez los libros de Agatha Christie. Aquel conocimiento tan elevado sobre la naturaleza humana que la escritora imprimía a sus personajes, la dulce ancianita Miss Marple y el excéntrico Hércules Poirot, me inspiraban. ¡Soñaba con ser detective! Me imaginaba viviendo en grandes mansiones europeas, invitada por unos aristocráticos señores y sucedía un crimen que debía resolver.

¡No... mi infancia y mi adolescencia nada tienen de normal! Mucho menos de aburrida. Desarrollé una imaginación sin límites que me ayudó a abrir portales en la percepción de mi entorno. A estimular casi rayando lo sobrenatural: mi intuición.

Llegó la universidad y con ella más libros que leer.

En un primer momento se podría pensar que la lectura de aquellos libros sería menos entretenida, ya que no daba cabida a la imaginación. Pero cuán lejos estaba todo aquel que pensase en tan aburrida empresa.

Varias compañeras de clase conformábamos un grupo de estudio. Nos reuníamos en un parque con nuestras tumbonas y se turnaban la lectura de enormes y gruesos libros cansando sus voces por el esfuerzo.

¡Sí, he dicho bien! Se turnaban. Yo permanecía en silencio con los ojos cerrados. Parecía dormir. Al principio

no lo entendían. Además, sacaba las mismas notas que ellas. ¡Me pedían una explicación!

Les expliqué que no dormía. Solo escribía mentalmente una historia. Me inventaba una novela. Si era sobre derecho romano, creaba personajes con túnicas y coronas de laureles y el guion de mis historias era lo que ellas iban leyendo.

Si se trataba del derecho de familia o derecho de sucesiones daba nombre a mis personajes, y los sometía a la dureza de los acuerdos de divorcios, o pensiones de alimentos o, a las disputas familiares por una herencia cuando no había testamento de por medio. Mientras más difícil y dura era mi historia, más fijaba mis conocimientos.

«¡Eres increíble!, aunque un poco majara», dijeron riendo.

—Eso ya lo he oído antes —les respondí con resignación.

Ellas, volvieron a abrir los libros para seguir con el estudio y yo volví a cerrar los ojos para seguir creando personajes.

Mi cabeza funciona como un gran archivador mental; hileras de cajones llenos de información.

No me gusta decir que soy como una esponja, se me antoja algo desordenado. Una esponja absorbe todo tipo de sustancias y separar una de otra resulta complicado. Si

quieres hacer uso de algún conocimiento adquirido será difícil y se oirán cosas como:

«¡Sé que lo he leído antes! ¡Creo que alguien me lo ha dicho! ¡Ya lo recordaré!».

Yo voy directamente, abro mi cajón mental y allí está la información.

He de reconocer que, a lo largo de mi vida, he abierto algunos cajones con mayor habitualidad que otros. Algunos ni siquiera los he vuelto a abrir.

Cuando acabó la universidad, casi automáticamente se acabó la lectura. ¿Por qué? No lo sé. Solo releía algún libro de entre mis preferidos... ninguno nuevo.

¡Quizás era hora de vivir mis propias historias!

Pensé que era momento de marcharme, de recorrer mundo. ¿Y qué mejor lugar que Europa donde habían nacido mis amigos de la infancia?

¡Sí, iré a España! Visitaré a Juana I de Castilla. Recorreré los mismos sitios que los Reyes Católicos. Hablaré con Colón. Rezaré a los pies del apóstol Santiago. Presentaré mis respetos ante la tumba del Cid Campeador. ¡Lo tengo decidido! Iré a España.

Cuando le comuniqué a mi madre, mi firme decisión de ir a vivir a otro continente se puso muy triste.

—Es absurdo hija —decía lamentándose—. Aquí no te falta de nada. No conoces a nadie en tierras tan lejanas... por favor, quédate.

Le expliqué que debía irme, que lo entendiera... que algo me decía debía ser así.

Mi madre, conocedora de que cuando algo se me metía en la cabeza no había forma de sacarlo y acostumbrada a mis enigmáticas respuestas, no insistió. Dijo que no me lo impediría, si eso era lo que quería. Pero que no financiaría mis alocadas aventuras. Pensaba que cuando se me acabara el dinero que llevaba, regresaría pronto a casa.

Cuantas veces en la vida oímos decir:

«¡Esto no puede ser casualidad! ¡Es el destino!». Pero sin reparar ni darle la importancia que verdaderamente merecen las continuas señales que nos indican un camino a seguir.

Aprender a leer a tan corta edad, disponer de una biblioteca en casa, interesarme por la historia española, querer ser detective y mi ejercitada intuición... No, no iba a ser una casualidad... Era la ruta que seguir para llegar a mi destino.

No lo comprendí hasta mucho tiempo después de llegar a España, cuando comencé a oír, con mucha más fuerza, las voces de los que nunca han existido. Aquellos que me pedían que descubriera su pasado, que les devolviera a la vida... Ellos no habían existido porque nunca nadie había hablado de ellos.

Las voces de los
que nunca
han existido

Limurá Prado

Todo por un escudo

Habíamos ido a pasar el fin de semana a Fuentepiñel, el pueblo de mi querido Juan.

Fuentepiñel es un pequeño pueblo al norte de la provincia de Segovia. El típico pueblo castellano con su iglesia de origen románico, sus ermitas, sus senderos y por supuesto, sus gentes; que son su mayor tesoro.

Apenas quedaban unos días para la llegada del otoño y, un Sol radiante invitaba a pasear. Le propuse a Juan dar un paseo por el pueblo mientras tomábamos unas fotos.

—¿Qué tienes entre manos, Yumiko? ¿No podemos ir simplemente a dar un paseo? ¡Tú y tus ideas! —dijo Juan casi con resignación.

Le comenté que se me había ocurrido hacer un reportaje sobre los escudos y las antiguas inscripciones de las fachadas de las casas, que podría ser interesante.

Unos años atrás había creado un Blog en el que recogía información sobre el pueblo. Colgaba entrevistas que realizaba a las gentes, en especial a los mayores, reportajes relacionados con sus tradiciones y costumbres, sobre

todo las religiosas, que se mantienen, casi intactas, desde hace siglos. Los fuentepiñelanos son personas muy devotas. Su devoción es reconocida por todos los pueblos que conforman la comarca de Fuentidueña, a la cual pertenece.

Salimos a dar el paseo. Juan, un santo, con cámara en mano y cargando con su infinita paciencia, mientras yo me dedicaba a tomar apuntes.

Solo en sus calles encontramos cuatro escudos. Dos en edificios oficiales: la escuela y el ayuntamiento, y dos en casas particulares. Tomamos, además, fotos de las fechas de construcción de las casas. La más antigua que encontramos era del año 1893 y la iglesia fechada en 1658.

Antes, en el bar, habíamos preguntado si alguien sabía de algún escudo. Nos comentaron que, en casa de Soles y Antonio, después de pasar el corral, había uno muy antiguo.

Acabado el recorrido le dije a Juan que fuésemos a tomar una foto a ese escudo tan antiguo.

—¡De verdad, Yumiko! ¿No puedes ser como la gente normal? ¿Siempre tienes que estar dando la nota? Ahora quieres ir a tocarle la puerta a esas personas para incorporarlas, tomando fotos en su casa y poniéndolas en un compromiso —sentenció Juan en un tono serio.

Aun así, dije que estaba decidida a tomar la foto a ese escudo. Me parecía que después de saber de su existencia, el reportaje quedaría incompleto.

Cogí la cámara, iba tocando la puerta mientras abría y encontré a Soles con su hija Paula, tendiendo la ropa. Sin

dar muchas vueltas, les pregunté por el escudo. Juan estaba a mi lado.

No se sorprendieron. Alguien se había adelantado y les habían comentado que quizás iríamos por allí.

Llegó Antonio, el marido de Soles, que con mucha amabilidad se subió a una escalera para retirar la rama que cubría el escudo y poder fotografiarlo.

¡Era increíble! No sé nada de escudos, pero aquel me pareció muy antiguo. Era de piedra y tenía esculpida en el centro una especie de hacha pequeña. Lo sorprendente era que muy pocas personas sabían de su existencia.

—¿Qué tiempo crees que tiene Antonio? —pregunté al dueño de la casa—. ¿Más de cien años?

—... ¡Y cuatrocientos! —respondió con largo aliento—. Ten en cuenta que esta es una de las casas más antiguas del pueblo. Justo al lado estaba la Capellanía. Antes formaban una misma casa. La herramienta que tiene el escudo en el centro —agregó— es una especie de podadera que se usaba para segar la vid.

Satisfecha por la labor cumplida: tomar la foto al escudo, nos despedimos dando las gracias a la familia por su amabilidad y gentileza.

Camino a casa, mi imaginación se había disparado. Parecía un túnel del viento por la rapidez de preguntas que iban y venían en mi mente... Algunas en voz alta. ¿De quién será ese escudo? ¿Cuándo se hizo? ¿Qué tendrá que ver con Fuentepiñel?

Por mi trabajo, que consistía entre otras cosas, en localizar personas, sobre todo las que no querían ser encontradas, las técnicas de búsquedas en el mundo virtual las conocía muy bien. En cuanto llegara a Madrid las utilizaría para ver qué podía descubrir sobre el escudo.

Durante todo el viaje de vuelta, no dejaba de hablar de lo mismo: el escudo. Comentario va y comentario viene mientras compartía con Juan alguna de las interrogantes. A él también le llamaba la atención el hallazgo y, que casi nadie supiese de un escudo tan antiguo.

—¿A qué familia crees que pudo pertenecer?

—¿En serio quieres que te responda a esa pregunta? Me da, conociéndote, que voy a tener escudo para rato —dijo Juan tras un profundo y resignado suspiro.

No se equivocó. El escudo ocupó, casi con exclusividad, todo mi tiempo a lo largo de varios meses.



*Escudo en casa de Soles y Antonio.
Fuentepiñel.*

Pesquisas Aragonesas

Me senté frente al ordenador dispuesta a buscar el origen del escudo. Unas pretensiones muy ambiciosas teniendo en consideración que no tengo ningún tipo de conocimiento sobre la heráldica. Pero el que me conozca sabe que cuando se me mete algo en la cabeza no puedo parar hasta llegar al final.

Eso justamente le sucedió a mi madre cuando le dije que quería marchar a España. Ella no estuvo de acuerdo, pero sabía que era imposible intentar retenerme. Fue duro para ella y para toda la familia que me fuese a otro país... ¡Pero tenía que hacerlo! Sentía que debía ir tras mi destino.

Había cruzado un continente dejando atrás una familia, un hermoso país. Llegué sin conocer a nadie, ¿y me iba a detener ahora un escudo? ... ¡Ni hablar! ... Voy a descubrir la historia que se esconde tras él.

Antonio, el dueño de la casa donde está el escudo, me había comentado que el grabado representaba una herramienta antigua, una especie de podadera, que era un anti-

guo apero de labranza utilizado en el cultivo de la vid, así que empecé por allí.

Busqué en mi ordenador: herramientas antiguas y encontré fotos de esos instrumentos llamados “podaderas o podonas”.

Investigué escudos que estuviesen relacionados con podonas y aparecieron los escudos de las familias Azlor y Foces en tierras aragonesas.

Los Azlor fueron una familia de ricos hombres que afianzaron su linaje a partir del siglo XIII. Es posible incluso que ambas familias, los Azlor y los Foces, estuviesen emparentadas y descendiesen de un tronco común, dada la similitud de las armas heráldicas utilizadas.

La familia aragonesa de los Azlor, además de ser una familia de destacados guerreros, siempre fieles a su rey y, de disponer de numerosas mesnadas, también eran excelentes embajadores, siendo uno de sus más ilustres integrantes, Altar de Azlor, quien formaba parte del grupo de notables caballeros que representaban al rey Jaime II de Aragón en las delicadas relaciones con Castilla.

Hasta aquí, todo muy bien. Ya sabía quienes eran los Azlor, linaje que disponía en sus escudos de unas podaderas. Pero ¿cómo ubicarlos en Fuentepiñel?

Busqué, leí, busqué... hasta que di con ello.

En época de Alfonso XI de Castilla, en las primeras décadas del siglo XIV, Fuentidueña, la comarca a la que pertenece Fuentepiñel, fue entregada a Rui González de Castañeda, al parecer de manos de don Juan Manuel, tutor de Alfonso XI, hecho que demuestra la influencia que tenía este rico aristócrata y escritor en el reino castellano.

Don Juan Manuel, uno de los hombres más poderosos de su época, señor de amplios señoríos, dentro de los que encontramos los de Cuéllar y Peñafiel, se enemistó con Alfonso XI, al repudiar y despreciar éste a su hija Constanza recluyéndola en el castillo de Toro.

El infante Juan Manuel solicitó la inmediata entrega de su hija, a lo que Alfonso XI se negó.

Furioso don Juan Manuel declaró la guerra en varias ocasiones a Alfonso XI de Castilla para lo que pidió ayuda a su suegro, Jaime II de Aragón.

Es aquí donde encontramos a las tropas aragonesas representadas por sus mejores hombres, entre ellos los Azlor, recorriendo las tierras de Ayllón, Sepúlveda y Fuentidueña. Varias serían las incursiones de los ejércitos de Jaime II de Aragón por tierras castellanas causando mucha muerte y destrucción.

Los Azlor no eran la primera vez que visitaban estas tierras. En época de la anterior tutora de Alfonso XI de Castilla, su abuela Maria de Molina, se les encuentra manteniendo reuniones en Cuéllar.

La verdad es que estaba sorprendida. ¡Casi no me lo podía creer! ¡Había podido ubicar a los Azlor en tierras de la comarca a la que pertenece Fuentepiñel!

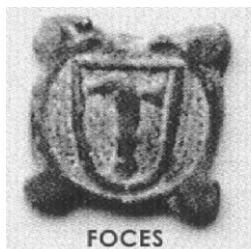
Sin embargo, y a pesar de haber dado con la difícil tarea de colocar a esta ilustre familia aragonesa, los Azlor, en la comarca, no significaba que alguna rama de ella hubiese echado raíces en el pueblo, o por lo menos en la zona. No había podido encontrar ningún apellido Azlor o Foces de posibles descendientes en Segovia. Ni ningún hecho histórico que confirmara que así habría sido.

Otro motivo que me hacía dudar de que tuviesen relación entre los escudos era que el de Fuentepiñel solo contenía una podadera, a diferencia de la de los Azlor que contenían varias.

Intuía, que no era por aquí donde debía seguir, pero sí, que esa herramienta, la podadera, era la clave.



Podadera o podona



Pinjantes o colgantes, atribuidos a los Foces



*Escudo perteneciente a una rama de los Azlor.
Catedral de Huesca.*

Casa de los Picos. Segovia

Algo me impulsaba a seguir con la búsqueda de la familia a la cual podía pertenecer el escudo de Fuentepiñel.